

Bibliotecas, género e inclusión

Libraries, gender and inclusion

Biblioteca Universitaria, vol. 25, núm 1, enero-junio 2022.
DOI: <http://dx.doi.org/10.22201/dgbsdi.0187750xp.2022.1.1452>

Palabras Clave:

Bibliotecas y sociedad, incorporación de la perspectiva de género, feminismo, interseccionalidad.

Keywords:

Libraries and society; gender mainstreaming; feminism; intersectionality (Sociology).

SANDRA LORENZANO SCHIFRIN*

* Investigadora de la Unidad de Investigación en Representaciones Culturales y Sociales, UNAM. Directora de Cultura y Comunicación, Coordinación para la Igualdad de Género, UNAM. Correo electrónico: sandra.lorenzano@unam.mx

RESUMEN

El presente documento propone una mirada sobre las bibliotecas desde la perspectiva de género, que contribuya a la transformación y ampliación de los objetivos tradicionales de los espacios bibliotecarios.

Desde la Biblioteca de Alejandría y el desollamiento de Hipatia, como símbolo de la intolerancia y la misoginia, hasta las llamadas Bibliotecas Humanas, el texto busca destacar la importancia de propiciar espacios cada vez más incluyentes en donde se rompan las jerarquías en términos de saberes y conocimientos.

ABSTRACT

This article proposes a look at libraries from a gender perspective, which contributes to the transformation and expansion of the traditional objectives of library spaces.

From the Library of Alexandria and the flaying of Hypatia, as a symbol of intolerance and misogyny, to the so-called Human Libraries, this text seeks to highlight the importance of promoting increasingly inclusive spaces, where hierarchies in terms of knowledge and wisdom are broken.

AGENDA
2030

No son nuestras diferencias las que nos dividen. Es nuestra incapacidad para reconocer, aceptar y celebrar esas diferencias.

Audre Lourde¹

“En África, cuando un anciano muere, una biblioteca arde, toda una biblioteca desaparece, sin necesidad de que las llamas acaben con el papel”, dijo alguna vez el escritor de Mali, Amadou Hampâté Bâ (Casa África, 2020).

La destrucción de una biblioteca, como las quemaduras de libros, como esas muertes que se llevan consigo la tradición oral de toda una cultura, son un atentado en contra de la memoria de la humanidad. En los libros está gran parte de lo que somos, de lo que hemos sido, de lo que hemos soñado ser.

Puedo imaginar el horror del desollamiento de Hipatia, en la Biblioteca de Alejandría, considerado, por supuesto, un lugar sagrado. La violencia de Cirilo, el arzobispo de Alejandría, contra la gran matemática es la expresión del fanatismo contra lo que la iglesia primitiva consideraba paganismo. La cultura, la ciencia y el conocimiento han sido desde siempre los enemigos de la intolerancia. E infinitamente más si quien detenta el saber es una mujer.

Escribió Sócrates Escolástico: “Había una mujer en Alejandría que se llamaba Hypatia, hija del filósofo Teón, que logró tales alcances en literatura y ciencia, que sobrepasó en mucho a todos los filósofos de su propio tiempo (Mujeres con ciencia, 2022, párr. 1).

Una turba arrancó a Hipatia del carruaje, rompió sus vestidos y, armados con conchas marinas, la desollaron arrancándole la carne de los huesos. “Sus restos fueron quemados, sus obras destruidas, su nombre olvidado.” Cirilo fue proclamado santo (Mujeres con ciencia, 2022, párr. 29).

Mucho más cerca de nuestra época, en 1929, Virginia Woolf (2012) escribió, en su ya clásica obra *Una habitación propia*, la historia de una mujer que camina

por los prados de una universidad llamada “Oxbridge” (¿Oxford? ¿Cambridge? Todas son iguales parece haber querido decir la escritora británica); después de haber sido regañada por pisar el césped reservado únicamente para *fellows* y *scholars*, es decir para los señores miembros de la comunidad académica, decide darse una vuelta por la biblioteca para revisar sendos manuscritos de Milton y de Thackeray. Su pie femenino no sólo fue condenado por caminar por fuera de la grava que tenía reservada por no ser un “señor académico”, sino que fue atajado con espanto cuando se disponía a hollar el sagrado recinto de la biblioteca. ¿Adónde se creía que iba? Una mujer no podía entrar sola allí. ¡Necesitaba entrar como acompañante de un hombre!

Ha pasado casi un siglo desde aquel relato. Hoy las mujeres podemos entrar sin problemas a las bibliotecas. ¿Sí? ¿Realmente es así? ¿Quiénes podemos entrar sin problemas? ¿A qué bibliotecas? ¿Para encontrar qué? Quizás éstas sean las preguntas clave para repensar el tema. Voy a intentar ir tejiendo algunas reflexiones a partir de ellas.

Consideremos algunos datos: En México existe una Red Nacional de Bibliotecas Públicas, cuyo objetivo es acercar la cultura y el conocimiento a la gente del país. Se trata de un total de 7 mil 413 bibliotecas que se encuentran repartidas en todo el territorio y que dan servicio a alrededor de 30 millones de usuarios. Si invertimos la ecuación la realidad es más bien triste: hay cerca de 100 millones de mexicanas y mexicanos a quienes las bibliotecas no llegan. Podemos pensar que en realidad les llegan los libros de alguna otra manera, pero lo cierto es que hay amplísimos sectores excluidos del placer de la lectura, pero sobre todo del conocimiento, y del poder que éste trae consigo.

La “interseccionalidad” es un concepto clave del feminismo creado por la abogada afroamericana Kimberlé Crenshaw (2017), ha adoptado por el pensamiento feminismo latinoamericano y que nos permite entender en gran medida este sistema de exclusiones. Las distintas conceptualizaciones clásicas de opresión de la sociedad –y dentro de las cuales están el clasismo, el racismo, el sexismo, la xenofobia, la aporofobia, el capacitismo y la

1 #Frase del día (Concanaco, 2019)



transfobia, entre otras— actúan de manera interrelacionada creando modos complejos de opresión.

Esto quiere decir que cuanto más distante esté alguien del grupo hegemónico, más vulnerable y excluida estará: si eres mujer, o indígena, o afro, o parte de la colectividad LGTBTIQ+, o tienes una discapacidad, o sumas varias de estas categorías, la posibilidad de ver vulnerados o violados tus derechos es mayor.

Y si la educación y el acceso al conocimiento son derechos, tenemos que pensarlos y analizarlos también desde esta perspectiva.

La Agenda Mundial Educación 2030 (UNESCO 2021, párr. 2) reconoce que la igualdad de género requiere un enfoque que garantice no sólo que las niñas y los niños, las mujeres y los hombres obtengan acceso a los distintos niveles de enseñanza y los cursen con éxito, sino que adquieran las mismas competencias en la educación y mediante ella

Existen, dependiendo del contexto, grandes desigualdades de género en el acceso, el logro del aprendizaje y la continuación de la educación, resultando ser las niñas, en general, las más desfavorecidas, según la Agenda de UNESCO “(...) A pesar de los logros alcan-

zados (...), las mujeres representan dos tercios de los 750 millones de adultos que carecen de conocimientos básicos de alfabetización” (2021, párr. 3).

En México, y de acuerdo con la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) 2018, seis de cada diez personas sin educación son mujeres.

La educación es un elemento indispensable para el desarrollo de las capacidades de toda persona. Durante siglos las mujeres fueron excluidas de los sistemas educativos alrededor del mundo y México no fue la excepción. Aunque han ocurrido avances positivos en el acceso de las mujeres en la educación superior, existe una exclusión importante para aquellas que habitan en territorios rurales o que hablan alguna lengua indígena. En 2018 se identificó que de la población con 25 y más años de mujeres hablantes de lengua indígena sólo el 3.9% contaba con estudios superiores (lo que representa el 1.3% del total de mujeres con estudios superiores en México) (Instituto Nacional de las Mujeres, 2020, p. 15).

Este panorama habría que completarlo con los datos de violencia hacia las mujeres. Según la CEPAL, 14 de los 25 países del mundo con más feminicidios se ubican en América Latina.

Debido a las cifras, México es catalogado como uno de los países más inseguros para las mujeres. En 2019 hubo 11 500 denuncias por violación. Se dice que sólo una de diez agresiones se denuncia. Tendríamos que hablar entonces de aproximadamente 1100 mil violaciones al año! (Raphael, 2019)

Y por supuesto tenemos la cifra de 11 feminicidios al día.

Sabemos, además, que la violencia de género ha aumentado en las circunstancias de pandemia por la COVID-19.

Conocemos también el malestar de nuestras estudiantes y las colegas y compañeras en nuestra Universidad.

La mirada oblicua del feminismo no puede no reparar en el “detalle” de la otredad, de la marginalidad, de la diversidad.

Y al escribir la palabra “reparar” como “advertir, mirar con cuidado”, me doy cuenta de que también significa y cito al Diccionario de la Real Academia Española: “Arreglar algo que está roto estropeado”.

La mirada oblicua del feminismo, entonces, también tiene que ser una mirada reparadora en el mejor sentido. Una mirada que busque la cura, el cuidado, el tejido colectivo y tibio de la comunidad.

Debemos preguntarnos cuál es la función de las bibliotecas ante esta realidad. Propongo retomar la ética en el centro de nuestro ser y nuestro quehacer. No puede ser de otra manera si nos consideramos humanistas.

Un humanismo que parta ya no de la idea del ser humano colocado en el lugar supremo de la creación, sino un humanismo roto, quebrado, fracturado, diverso y múltiple, un humanismo de la libertad, consciente de que la libertad puede ser, como dijo Sartre, el “terror”; un humanismo que dé cuenta de los claroscuros que fundan la modernidad, de las crisis que la han marcado —más allá de discusiones de términos—; que asuma el cuidado de la otredad y de su entorno desde una propuesta sin centros; un humanismo descentrado, entonces, que sea a la vez búsqueda y resistencia; un humanismo discontinuo, crítico. El humanismo que funda los Derechos Humanos,

Un humanismo que no puede hoy ignorar siglos de historia no puede olvidar las brutales desigualdades que marcan el mundo actual, especialmente evidentes en países como el nuestro; no puede hoy ignorar la prepotencia y ostentación que van de la mano de la violencia; la discriminación e intolerancia como justificación de “guerras” o de muros indignos —ya sea en Medio Oriente, en Tijuana o en Río de Janeiro—. La paideia hoy debe partir de nuestro ser lastimado, del desencanto y el dolor, pero al mismo tiempo de la fuerza de los márgenes, de una riqueza que no es sólo logos, sino también cuerpo, sino también afectividad, deseo. No hay educación basada en verdades absolutas sino en búsquedas compartidas, en ese acoger al otro para que encuentre su propia voz, su propia palabra, desde la dignidad y autonomía de los seres humanos, desde el riesgo que implica la libertad, desde la obligación —para muchos ya anacrónica— de pelear por un mundo más justo, es decir, entre muchas otras cosas, por un mundo donde todas y todos tengan las mismas posibilidades educativas, y no donde tengan más privilegios en este campo quienes han nacido con más privilegios en todos los otros campos. En este sentido, el humanismo es, ante todo, una concepción ética.

Es desde esta concepción ética que recupero aquello que la antropóloga Alejandra Moreno Toscano cuenta sobre una entrevista realizada a las mujeres zapatistas en 1995:

Le pedimos que escribiera en su idioma ‘hemos venido a dialogar’. No, dijo, en idioma indígena no existe esa palabra dialogar. Entonces ¿cómo se dice? le preguntamos. Se dice, vámonos a poner a platicar, a ver si con la palabra de cada quien se hace una palabra común (Mateos-Vega, 1995).

¿Podemos vivir y construir en un mundo en que no podamos encontrar una palabra común?

Subrayo esta idea porque estamos acostumbrados a preguntarnos cómo acercar más gente a la biblioteca, como fomentar el placer de la lectura en las niñas y los niños, pero pocas veces nos preguntamos qué espacio le damos en nuestras bibliotecas a los saberes “otros”, a esos saberes ancestrales que no están escritos en ningún libro, sino que se transmiten de generación en

generación a través de la oralidad. ¿Cómo les damos cabida en las bibliotecas?

¿Están nuestras bibliotecas preparadas para ello? ¿Están preparadas para ser espacios de escucha, de creación, de transmisión de conocimientos excluidos hasta ahora de la academia, de los espacios hegemónicos? ¿A cuántos responsables les interesa que sus bibliotecas dejen de ser los santuarios silenciosos del amor a los libros?

Amor que comparto absolutamente: estudié letras, soy escritora y profesora, mi oficio y mi pasión es la literatura y he intentado a lo largo de la vida transmitir esa pasión por todos los caminos posibles: la radio, los medios, el aula, trabajando en las zonas marginadas de ésta y otras ciudades. Pero, más allá de mi experiencia personal, si de verdad estamos pensando en modos de construir un mundo sin exclusiones, tenemos que pensar en espacios bibliotecarios (y me da igual si eso sucede en un gran edificio clásico o ultra moderno, en el pequeño centro cultural o debajo de un árbol) que permitan incorporar, en una doble vía, a los sectores de mujeres históricamente excluidas: la primera de estas vías tiene que ver con el acercar a ellas los libros, la información y el conocimiento a través de estrategias que le quiten a éstos el aura jerárquica y autoritaria que la historia y la cultura le han impreso, y que ayuden a que descubran el placer del texto. Quizás esta vía es la que hayamos explorado más: círculos de lectura, sesiones guiadas, talleres, etcétera. Muchas estrategias para acercar los libros a las comunidades se han fortalecido en nuestro país. Pienso en nuestra Clementina, la biblioteca móvil de la Coordinación de Humanidades, en tantas ferias del libro en las ciudades del país, en la creación de centros culturales como el de Apatzingán, en el programa nacional de Salas de lectura que tan bien funcionó durante tantos años.

Pero nuevamente lo que siento menos desarrollado es la contracara de estos proyectos: la posibilidad de escuchar a las mujeres de todas las edades y todas las condiciones.

¿Cómo recuperamos sus experiencias, sus conocimientos, cómo hacemos para que nuestros es-

pacios de saber se enriquezcan con los saberes no hegemónicos tradicionalmente excluidos?

Las bordadoras, las cocineras tradicionales, las parteras, las jornaleras agrícolas, las cantantes de sones, por citar sólo algunos ejemplos tienen mucho que enseñarnos.

¿Cómo y dónde recibir estos conocimientos?

A lo largo de toda América Latina están surgiendo con fuerza bibliotecas comunitarias, rurales y populares con las cuales debemos ser capaces de dialogar y trabajar. Pienso incluso en el hermoso proyecto de la Biblioteca Alaíde Foppa, la primera biblioteca comunitaria de la UNAM que creamos en el Centro Cultural Universitario Tlatelolco gracias al apoyo incondicional de la Dra. Elsa Ramírez y del Fondo de Cultura Económica, en el año 2021. Y que se ha vuelto un espacio de convivencia, de intercambios y de aprendizajes compartidos.

Así como “colecciono” libros, colecciono historias y ejemplos vinculados a las bibliotecas y la lectura. Desde las ruinas de la biblioteca de Sarajevo hasta las experiencias con jóvenes víctimas del conflicto armado en Colombia. Soy lectora devota de Michèle Petit y de su libro *El arte de la lectura en tiempos de crisis* (2009), de Alberto Manguel, de María Teresa Andruetto, de quien les recomiendo el excepcional discurso de cierre del VIII Congreso Internacional de la Lengua Española (Canal U., 2019). Me interesa especialmente el vínculo entre las palabras y la construcción de paz.

Y entre las muchas y conmovedoras experiencias e historias que he ido reuniendo a lo largo de los años, quisiera compartir hoy con ustedes, para ir cerrando mi participación, el proyecto que quizás conozcan llamado “Biblioteca humana”, diseñado para construir un marco positivo para conversaciones entre personas diversas, que puedan desafiar estereotipos y prejuicios a través del diálogo. En la Fundación SM se hace mención lo siguiente:

La biblioteca humana “es una experiencia que inició la ONG *Stop the Violence* en la ciudad danesa de Copenhague en el año 2000. Su objetivo fue,

desde un primer momento, disminuir la discriminación entre los jóvenes celebrando la diferencia y promoviendo el diálogo, la tolerancia, la comprensión hacia personas provenientes de diferentes estilos de vida o culturas.” Busca generar un espacio de diálogo que permita la inclusión de personas que viven en la marginación por sus condiciones sociales, económicas, físicas, religiosas o políticas. (...) Las experiencias de vida son las páginas abiertas a través de las cuales los lectores escuchan distintas historias que promueven el intercambio de ideas y la reflexión. (párr. 2)

Como en todo, tomar como modelo las buenas prácticas generadas nos enriquece a todas y todos.

Desde la Coordinación para la Igualdad de Género de la UNAM proponemos entonces: ¿y si construyéramos un “Programa piloto de bibliotecas humanas” que nos permita escucharnos?, ¿que nos permita saber qué viven nuestras chicas, nuestras colegas, las diversidades sexogenéricas que forman parte de la Universidad Nacional?

Tomemos por asalto estos espacios incluyentes para aprender a conocernos, a respetarnos, a apoyarnos.

Empezamos con la frase del escritor maliense, Amadou Hampâté Bâ: “En África, cuando un anciano muere, una biblioteca arde, toda una biblioteca desaparece, sin necesidad de que las llamas acaben con el papel” (Casa África, 2020). ¿Qué sucede en nuestro país con ese conocimiento que no queda escrito? ¿Con las experiencias de cada una y cada uno? ¿Qué papel les corresponde a las bibliotecas en la preservación del patrimonio inmaterial de nuestras culturas? ¿Cómo abandonamos las jerarquías y construimos espacios horizontales y generosos, que sumen en lugar de restar?

Cierro con estas preguntas que considero deben marcar el rostro de las bibliotecas del siglo XXI. Para que cada vez sea más diverso, abierto e incluyente ese paraíso que imaginara Jorge Luis Borges “bajo la forma de una biblioteca”. ■

REFERENCIAS

- Casa África. (2020). Ahmadou Hampaté Bâ. Recuperado el 21 de septiembre de 2021 de <https://www.casafrica.es/es/persona/ahmadou-hampate-ba>
- Canal U. (1 de abril de 2019). Discurso completo de María Teresa Andruetto, en el Congreso de la Lengua Española en Córdoba [Archivo de Vídeo]. Youtube. <https://cutt.ly/aHxWYjM>
- Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio, Servicios y Turismo de los Estados Unidos Mexicanos. (29 de noviembre de 2019). #Frasas del día: No son nuestras diferencias las que nos dividen. Es nuestra incapacidad para reconocer, aceptar y celebrar esas diferencias. Audre Geraldine Lourde, fue una escritora afroamericana y activista por los derechos civiles. [Tweet]. Twitter. <https://twitter.com/concanaco/status/1200399339929161728>
- CRENSHAW, K. W. (2017). On Intersectionality: Essential Writings. Faculty Books.
- Fundación SM México (2022). Biblioteca Humana. Recuperado el 21 de septiembre de 2021 de <https://www.fundacion-sm.org.mx/proyectos/biblioteca-humana>
- Instituto Nacional de las Mujeres. (2020). El presente en relación con nuestro pasado y futuro: La situación de las mujeres mexicanas a 25 años de la Conferencia de Beijing. INMUJERES. http://cedoc.inmujeres.gob.mx/documentos_download/Cuadernillo_I_2020.pdf
- MATEOS-VEGA, M. (25 de octubre de 2013). Caso El caballito: Alejandra Moreno Toscano solicitó encargar la restauración a Marina. La Jornada. <https://cutt.ly/tHxmV9p>
- Mujeres con ciencia. (2022). Hipatia. <https://mujeresconciencia.com/2015/06/15/hipatia/>
- PETIT, M. (2009). El arte de la lectura en tiempos de crisis. Océano.
- RAPHAEL, R. (9 de diciembre de 2019). El violador eres tú. El Universal. <https://cutt.ly/sHxmWNN>
- UNESCO. (2021). Educación e igualdad de género. <https://cutt.ly/xHxjAR9>
- UnoTV. (24 de septiembre de 2021). Así es la “Biblioteca Humana” donde todo el mundo es un libro abierto [Archivo de Vídeo]. Youtube. https://www.youtube.com/watch?v=9d_CUxjp85k
- WOLF, V. (2012). Una habitación propia. (Trad. C. Martínez Muñoz). Alianza Editorial. (Obra original publicada en. 1929)